

Colaboración científica de la

AFEME en «Illuminare...»

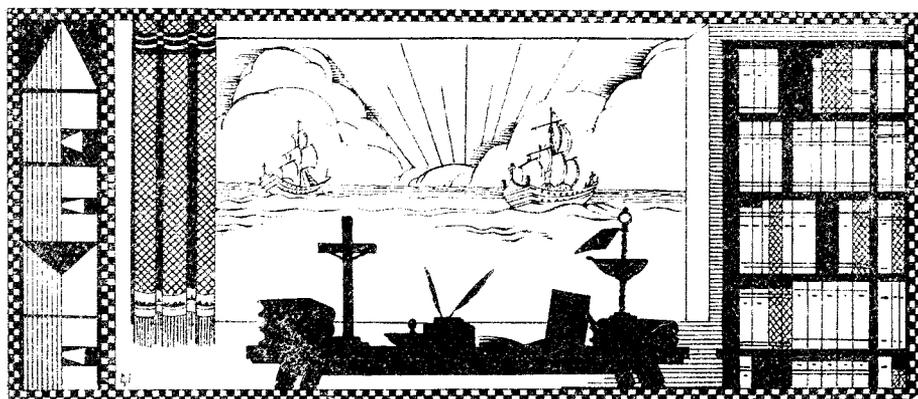
CONTRIBUCIÓN

DE

“EL MENSAJERO SERAFICO”



“Illuminare...” Noviembre-Diciembre 1933



Colaboración científica de la APFEME

Contribución de "EL MENSAJERO SERÁFICO"

Los Capuchinos en el Caroní

por el

R. P. Gumersindo M.^a de Escalante. O. M. Cap.



COLEBRES son, y con toda justicia, en la Historia religiosa y política de España las Reducciones del Paraguay, creadas y dirigidas con tacto admirable y con celo evangélico

por los Padres jesuitas españoles, pero sinceramente creemos que las misiones creadas y dirigidas por los Padres capuchinos en la Guayana venezolana, conocidas más frecuentemente con el nombre de Misiones del Caroní, no ceden en importancia a las del Paraguay, aunque no hayan logrado tanta fama. El asombro que produjeron a Alejandro Humboldt, cuando las visitó en 1799 se refleja en estas palabras del insigne viajero: «Aquel

régimen extraordinario (el de las Misiones capuchinas), elevó a esta Misión del Caroní al más alto grado de prosperidad y bienandanza» (1).

Refiriéndose también a estas Misiones del Caroní escribía el publicista venezolano Olegario Meneses, en un estudio acerca de la Guayana de Venezuela, publicado en el «Diario Correo de Caracas», en 1851: «El sistema de civilización concebido y llevado a cabo con heroica perseverancia, en el espacio de menos de un siglo, por los Padres Capuchinos Catalanes, había impreso en aquel vasto territorio el tipo de una sociedad que yo no sé si ha existido otra vez y dudo que se pueda renovar en nuestros días».

Apreciaciones estas que tienen brillantísima confirmación en aquellas autorizadas palabras que, refiriéndose a las Misiones capuchinas de Guayana, pronunció el Real Consejo de Indias, en la sesión del 15 de julio de 1791: «La Mesa puede asegurar que las Misiones de los Capuchinos son, tal vez, las más bien servidas y desempeñadas» (2).

Las antiguas Misiones de los Padres Capuchinos llamadas del Caroní, o también de Guayana, comprendían todo el territorio regado por los ríos Caroní y Cuyuní, desde las fronteras del Brasil hasta las

márgenes del Orinoco, en una extensión de más de 29.000 kms.2. al este de la provincia de Guayana, a la que pertenece.

I.—PRIMERAS TENTATIVAS

No fueron los capuchinos los primeros en desplegar su celo apostólico en aquellas lejanas e inhospitalarias regiones. Ya otros misioneros de diferentes Congregaciones habían ensayado penetrar en aquellas selvas inexploradas, con el intento de evangelizar a los escasos indios que las poblaban.

El franciscano P. Domingo de Santa Águeda, acompañando al Adelantado Antonio de la Hoz Berrió, consiguió penetrar en el país fundando una residencia en la población de Sto. Tomás de Guayana, pueblo fundado hacía poco por el mismo Adelantado; pero de los trabajos de este misionero apenas nos quedan noticias de algún interés.

Éxito algo más lisonjero obtuvieron los jesuitas. El P. Dionisio Melendo, en 1663, recorrió la Guayana por el río Meta, hasta Casanare, donde coincidió con el Padre Monteverde; y alguna probabilidad de buen éxito debieron entrever, cuando se decidieron a escribir al Superior de Bogotá, P. Urbina, sobre la conveniencia de fundar una misión en la Guayana, que

(1) *Viaje a las Regiones Equinociales del N. Continente*, Tom. III, pág. 4 (París, 1826).

(2) *Archivo General de Indias de Sevilla*, Estante 141.

además tendría la ventaja de abrir una salida relativamente cómoda y segura para la isla de Trinidad y para Europa. El P. Urbina se dejó convencer, o, por lo menos, creyó que no se perdía nada con aventurar una tentativa, y, en consecuencia, envió con ese fin al P. Francisco Llauri con otro religioso, llegando a Sto. Tomé de Guayana en agosto de 1664, reforzados poco más tarde por los PP. Ignacio Cano y Julián de Vergara.

Pero las dificultades eran en realidad bastante mayores de lo que se había previsto, y los misioneros jesuitas hubieron de limitarse, contrariando con ello su gran celo apostólico, a ejercer su ministerio con los soldados de la guarnición y con los escasos indios del pueblo cercano, hasta que, al fin, creyendo que no podrían cumplir la finalidad para que habían sido enviados, decidieron retirarse otra vez a Casanare, como así lo efectuaron en 1670, quedando la misión de Guayana de nuevo abandonada.

Entonces fué cuando los misioneros capuchinos hicieron su primera entrada en aquellas tierras, que con el tiempo habían de ser su mejor campo de operaciones y donde habían de ganar sus más brillantes triunfos y sus mejores laureles apostólicos.

En 1678 llegaron a la ciudad de Cumaná diez misioneros capuchinos con objeto de reducir a los indios de aquella comarca, que, por causas que no es necesario explicar aquí, se habían rebelado contra los españoles. El Gobernador de Trini-

dad y Guayana, D. José Aspe de Zúñiga, pudo conseguir del obispo de Puerto Rico, a cuya jurisdicción pertenecía Cumaná y la Trinidad, que cuatro de aquellos misioneros, los PP. Pablo de Orihuela, Francisco de Jaca, Pablo de Berlanga y Gervasio de Manresa, pasaran a la isla de su jurisdicción, a ejercer en ella su ministerio apostólico; añadiéndoseles más tarde los Padres Francisco de Tauste, Angel de Mataró, Pablo de Blanes, Hermenegildo de Manresa y el Hno. lego Fr. Angel de Llevaneras.

Entusiasmado el Gobernador, al ver el grandísimo fruto que la predicación de tan fervorosos misioneros había hecho en la isla de Trinidad, puso gran empeño en que algunos de ellos pasaran a la Guayana, que también pertenecía a su jurisdicción. Había para ello la dificultad de que esta Misión pertenecía oficialmente, por lo menos, a los Padres jesuitas de Casanare, por lo que el mismo Gobernador escribió al Presidente de la Audiencia de Bogotá para que se enviaran a Guayana misioneros jesuitas, o, si éstos no querían o no podían venir, renunciasen todos sus derechos en los capuchinos. El Superior de los jesuitas de Casanare, en vista de que le era imposible enviar misioneros, por falta de personal, hizo solemne dejación del territorio de la Guayana en favor de los misioneros capuchinos, por lo que la Audiencia de Bogotá autorizó, en 16 de abril de 1682, al Gobernador de Trinidad para que pudiera enviar a la Guayana los dichos mi-

sioneros capuchinos, asignándoles 132 pesos anuales (3).

En virtud de esta orden, los capuchinos hicieron su primera entrada en la Guayana venezolana, donde con el tiempo habían de fundar una de las Misiones más florecientes de América.

Pero los comienzos son siempre penosos. Los Padres Angel de Mataró y Pablo de Blanes, que fueron los primeros capuchinos que pisaron las riberas del río Caroní, no pudieron hacer mucho fruto. El Padre Mataró murió al poco tiempo, después de haber fundado una pequeña cristiandad entre los indios Araucas, quedando sólo el Padre Blanes, que resolvió hacer un viaje a España, con el fin de dar cuenta al Real Consejo de Indias del estado de aquella Misión y solicitar misioneros que la atendieran, pero murió en Cuba, el 20 de julio de 1683, antes de emprender el viaje.

No obstante el fracaso de estas primeras tentativas, quedó demostrada la importancia de estas misiones, en las que, si no se había hecho más, era por falta de operarios evangélicos. Esto movió al Real Consejo de Indias a separar y hacer independiente las Misiones de Trinidad y Guayana de la de Cumaná, a la que hasta entonces habían estado unidas, encomendándoselas a los capuchinos de la provincia de Cataluña, la que,

según el P. Anguiano (4), envió 13 religiosos, a cuyo frente iba como Prefecto, el P. Tomás de Barcelona. Pero de esos trece, sólo tres pasaron a Guayana, los Padres Tomás de Lupián, Basilio de Barcelona y el Hno. lego Fr. Raimundo de Figuerola, quienes, después de vencidas grandes dificultades, arribaron a la derruida población de St. Tomé, el 22 de noviembre de 1687, donde sólo encontraron unos pocos soldados españoles con el capitán Francisco Benavides, comenzando enseguida sus tareas apostólicas entre los indios Araucas, fundando con ellos dos pequeñas poblaciones.

Pero el clima era fatal para los misioneros. Los PP. Tomás y Basilio murieron al poco de llegar, quedando sólo el Hno. Fr. Raimundo, hasta el año 1692 en que llegaron los PP. Ambrosio de Mataró, Antonio de Prades e Ignacio de Valfogina, quienes, después de grandes trabajos, lograron reunir unos dos mil indios, con los que fundaron las poblaciones de Santa María Magdalena del Platanar y S. José de Carriero (5).

Pero no había llegado aún la hora de Dios para aquellas misiones. La guerra de Sucesión española, que estalló por entonces, dificultó la llegada de nuevos misioneros, por lo que, muerto el P. Ambrosio de Mataró y enfermos

(3) P. BALTASAR DE LODARES, *Los Franciscanos Capuchinos en Venezuela*, Tom. II, pág. 153. (Caracas, 1930).

(4) P. LODARES, *o. c.* toml. II, pág. 156.

(5) *Ibid.*, pág. 164.

sus compañeros, determinaron éstos retirarse a Trinidad en espera de mejores tiempos.

Doce años pasaron sin que se pensara seriamente en una nueva tentativa para resucitar las misiones de Guayana, y esta vez fué el P. Santander, Procurador general de las Misiones españolas, el que dió el impulso, dirigiendo un extenso memorial al Real Consejo de Indias, exponiéndole la necesidad de dar nueva vida a aquellas misiones, que de tanta importancia habían de resultar no sólo para la Iglesia sino también para el Estado (6).

El Real Consejo accedió a las instancias del P. Santander y, en 23 de mayo de 1715, expidió las reales Cédulas necesarias, después de haber obtenido de la provincia de Cataluña la promesa de enviar doce religiosos, que, efectivamente, desembarcaron en la Guayana, excepto dos, que, a instancias del gobernador de Trinidad, D. Pedro de Yarza, se quedaron en aquella isla. Juntamente con los Padres, llegaron treinta familias de canarios, que, por indicación también del P. Santander, enviaba el Real Consejo, con el fin de colonizar el país y, al mismo tiempo, servir de base a las misiones y de defensa a los Padres (7).

Cuatro años permanecieron allí

esta vez los misioneros, trabajando lo que es de suponer de su gran celo, pero el Gobierno no se cuidó de ellos poco ni mucho, debido sin duda a las difíciles circunstancias por que atravesaba entonces la Metrópoli. El caso es que los misioneros, viéndose sin el amparo de la autoridad necesario allí de todo punto, por la hostilidad de los indios Caribes, y faltos en absoluto de recursos pecuniarios, pues la paga asignada por el Gobierno y que había de satisfacer la Real Audiencia de Bogotá, no llegaba nunca, optaron por retirarse a Trinidad con los colonos canarios, desde donde volvieron a España casi todos, quedando así frustrado por cuarta vez el generoso intento de evangelizar la Guayana venezolana.

II. CAUSAS DEL FRACASO

Quizá alguno pueda atribuir a falta de celo y espíritu de sacrificio por parte de los misioneros los reiterados fracasos de las misiones de Guayana, en el espacio de cerca de siglo y medio de infructuosas tentativas. Pero es necesario darse cuenta de las inmensas e insuperables dificultades que suponía el misionar en aquellos países poco menos que inexplorados, para ex-

(6) *Archivo General de Indias de Sevilla*, P. FROILAN DE RIONEGRO, *Relaciones de las Misiones de los PP. Capuchinos en las antiguas provincias españolas hoy República de Venezuela*, tom. II, pág. 215 (Sevilla, 1918).

(7) *LOPARES*, o. c. tom. II, pág. 181-82.

plicar la inutilidad de tanto esfuerzo generoso. Cuatro fueron las principales causas del fracaso:

1.^a *La falta absoluta de vías de comunicación.* Un país de 30.000 kms.2, cortado por ríos invadables y por torrentes impetuosos, cruzado por montañas escabrosísimas imposibles de franquear sin penosísimos esfuerzos y totalmente cubierto de selvas vírgenes, jamás holladas por piés humanos y donde era imposible dar un paso sin abrirse antes camino a golpe de machete, era un obstáculo poco menos que insuperable al celo de los misioneros. Considérese que el Padre Tomás de Sta. Eugenia tardó más de un mes en su viaje desde Sto. Tomé de Guayana a Cumaná.

2.^a *La falta de recursos pecuniarios.* Son frecuentes los memoriales de los misioneros, como el del P. Olot en 1744 (8), en que se quejan de no haber percibido uno solo de los 150 pesos asignados a cada misionero. A estos memoriales contestaba invariablemente el Gobierno ordenando a las Reales Audiencias de Caracas y Bogotá que pagasen la asignación, pero, como las Cajas estaban exhaustas, la orden quedaba siempre sin cumplir. El gobernador Diguja Villagómez, que visitó la misión en 1762, afirma que se debía a los misioneros, en concepto de atrasos, la fabulosa cantidad de 32.000 pesos (9).

3.^a *La hostilidad de los indios Caribes.* Eran estos indios los más feroces de la América del Sur, y sus incursiones infundían el terror por toda la comarca, por lo que los misioneros se veían obligados a armar a sus indios y a fortificar las poblaciones que fundaban. Por otra parte, la guarnición de Sto. Tomé, siempre escasa, no podía atender a tantos puntos flacos; así que los misioneros estaban punto menos que indefensos. Así se explican las frecuentes algaradas de los Caribes, que poco a poco iban destruyendo las poblaciones de indios convertidos. En 1740 la Misión fué totalmente destruída por los ingleses, entonces en guerra con España, quienes, aliados con los caribes, lograron penetrar en la Guayana, llevándolo todo a sangre y fuego, destruyendo en pocos días el trabajo de tantos años.

4.^a *Lo insalubre del clima.* Un país como la Guayana, atravesado en todas direcciones por ríos caudalosos, que se desbordaban a la menor crecida, inundando extensas planicies, que permanecían anegadas meses y meses, no podía menos de ser insalubre. Las fiebres palúdicas eran, y son aún en el día, endémicas en el país, diezmando la población; y quizá sea esta una de las causas de la extraña escasez de habitantes en un país tan ex-

(8) P. RIONEGRO, o. c. tom. II, pág. 244 sgs.

(9) F. RIONEGRO, *Misiones de los PP. Capuchinos. Documentos del Gobierno central de la raza en la exploración, de las antiguas provincias españolas, hoy República de Venezuela*, pág. 122. (Pontevedra, 1929).

tenso y además tan rico y fértil. Casi todos los primeros misioneros sucumbieron al poco tiempo de llegar, y los pocos que lograron salir con vida, quedaron heridos de muerte.

Ante dificultades tan insuperables ¿extrañará alguno que los misioneros obtuvieran tan poco fruto y que la Misión fracasara tantas veces, a pesar del celo y abnegación derrochados por los obreros evangélicos que la Iglesia y la Madre Patria enviaron a conquistar aquellas tribus que todavía vivían en las tinieblas de la idolatría, al cabo de tres siglos que había sido descubierta América?

III. FUNDACION DEFINITIVA. TRABAJOS Y PROGRESOS

Dos años permaneció abandonada la Misión de Guayana, desde que los últimos misioneros se retiraron a Trinidad; y en estos dos años las circunstancias cambiaron de tal modo en sentido favorable que la Provincia de Cataluña creyó llegado el momento de hacer allí algo definitivo, enviando, al efecto, 6 misioneros. Circunstancias favorables, digo, contribuyeron esta vez al éxito de la empresa, pues, por una parte, la Metrópoli, más descansada de las continuas guerras que hasta entonces habían ocupado toda su atención y agota-

do sus Erarios, pudo atender con más holgura a estas santas y gloriosas empresas de civilización y evangelización, y, por otra, los indios Caribes, constante pesadilla de los misioneros, habían sido casi totalmente destruidos y aniquilados en una batalla por los indios Cabres (10).

Animados los misioneros por estas favorables circunstancias, trataron de aprovecharlas. El P. Benito de Moya envió un informe al Comisario General de las Misiones capuchinas, en que, al mismo tiempo que le daba cuenta de los trabajos y éxitos de los misioneros, le pedía hiciese lo posible ante el Real Consejo de Indias para que los 150 pesos asignados por el Real Erario se depositaran en la Caja de Bogotá, y le rogaba enviase, a ser posible, otros 6 misioneros más y que la guarnición militar de la plaza de Sto. Tomé se ampliase a 100 plazas, para que así pudiera atender mejor a la defensa de las misiones; peticiones que fueron atendidas en parte (11).

En efecto, en 1737 llegaron los 6 misioneros solicitados, quienes, en unión de los que ya había en la misión, desplegaron tal celo y se dieron tal arte que en 1740 tenían ya fundados los pueblos de Suay, Caroní, Yacuai, Altagracia, Cupapuy, Tipire, La Pastora y N. S. de la Candelaria de Upata y Paycuai-ma. La Misión comenzó entonces

(10) R. BARALT, *Resumen de la Historia de Venezuela*, tom. I, pág. 280. (Curaçao, 1887). DUARTE LEVEL, *Historia Patria*, pág. 146.

(11) P. RIONEGRO, *Relaciones*, tom. II, pág. 231.

una época de prosperidad, que causó la admiración de los que la visitaron. Llegando a su apogeo hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX; apogeo y prosperidad debidos no sólo a los continuos trabajos de los misioneros, sino también a la base social y económica que acertaron a darles.

Para darse una idea general del estado floreciente de la Misión del Caroní hacia las postrimerías del siglo XVIII, extractaremos el informe enviado al Comisario General, P. Damián de Olot, por el Prefecto, P. Fulgencio de Barcelona, en 1816.

Según dicho informe, había en la provincia de Guayana, sujeta a la jurisdicción de los misioneros capuchinos catalanes, 30 pueblos de misión, fundados todos ellos entre los años 1724 y 1788. El mayor de estos pueblos contaba con 1.598 habitantes y el menor con 347, dando entre todos un total de 21.246 habitantes, de los que 2.000 aproximadamente eran españoles, entre soldados de la guarnición y colonos canarios, llegados con los misioneros en 1734; los demás eran indios pertenecientes a diversas tribus, entre las que predominaban los Guayanos o Pariagotos, los Caribes, Guaraunos, Araucas, y Guaycas. Todos estos pueblos estaban servidos por 41 misioneros, todos capuchinos de la provincia de Cataluña.

Del celo y actividad de estos

operarios evangélicos y del fruto conseguido pueden dar testimonio, además de los datos aducidos, los 48.208 bautismos administrados, los 8.258 matrimonios celebrados y los 28.293 fieles que recibieron sepultura eclesiástica en el espacio de tiempo desde 1737 a 1816, en que está fechado el informe del P. Fulgencio de Barcelona (12).

IV. ORGANIZACIÓN RELIGIOSA, SOCIAL Y ECONOMICA

Hemos dicho que estos magníficos resultados fueron debidos en gran parte a la sabia organización religiosa, política y económica que los misioneros capuchinos supieron dar a sus misiones.

Acerca de la organización religiosa, los misioneros no se concretaron sólo a poner en vigor la legislación eclesiástica y regular en este punto, ya en su régimen interno, ya en la organización de sus cristiandades, sino que, fieles a las prácticas peculiares de los misioneros capuchinos, organizaron la enseñanza y los cultos religiosos admirablemente. «Por la mañana, después de la oración y de la Misa, tocaban al rezado, al cual acudían todos los niños, niñas, mozas y casadas hasta el primer parto y en comunidad decían las oraciones del Padre Nuestro, Avemaría, Credo, Mandamientos y artículos de la Fe, en castellano, a cuyo efecto se

(12) V. P. LODARES, O. C. TOMO II, pág. 300.

hallaba presente el P. Misionero o su compañero «si lo tenía» (13). «Todos los días, dice el P. Nicolás de Vich, después de Misa, se tocaba la campana para el rezado a que asistían todos los indios de ambos sexos los cuales se colocaban por orden en la Iglesia, separados los hombres de las mujeres; cantaban con mucha uniformidad las oraciones más esenciales del catecismo y luego se retiraban los casados a sus quehaceres, y se quedaba el misionero con los muchachos, instruyéndolos minuciosamente en la doctrina, en leer y escribir en castellano» (14). «Por la tarde volvían a tocar al rezado, y se congregaban las mismas personas; decían las mismas oraciones en presencia del Padre y en algunos pueblos rezaban a la mañana y a la tarde en el vulgar Pariagoto, para que así adelantasen más en el conocimiento de los misterios de nuestra santa Fe católica» (15).

Con frecuencia celebraban también fiestas extraordinarias, para lo que poseían ornamentos y vasos sagrados preciosos. En todos los pueblos había su coro de músicos y en la mayor parte armonio. Además, todos los días, después del Rosario, se cantaba la Salve y el Santo Dios, los sábados, el Rosario y las Letanías y los domingos, la

Santa Misa con instrumentos (16).

Pero los misioneros no se concretaron a dar a sus indios una sólida instrucción religiosa, base ciertamente de toda obra de civilización, sino que les instruían también en toda clase de artes y oficios propios de pueblos civilizados; es decir, que, al mismo tiempo que hacían fieles de la Iglesia católica, formaban ciudadanos para la Patria. «Los indios, dice en su informe el gobernador Diguja Villagómez, están muy bien instruidos en la doctrina cristiana y bastante inteligente en el idioma castellano; muchos de ellos impuestos en la música a que con arreglo tocan varios instrumentos con habilidad más que de indios» (17).

Los misioneros enseñaban a los indios toda clase de oficios útiles y en la misión había tejedores, albañiles, carpinteros, zapateros, herreros; de manera que los indios **llegaban a bastarse a sí mismos** siendo esto la **base** de la prosperidad económica que en poco tiempo llegaron a alcanzar y que excitó la envidia y codicia de gobernadores y encomenderos.

Todos estos resultados que, a primera vista, parecen tan fáciles, exigían de los misioneros grandes sacrificios. En primer lugar, se

(13) P. RIONEGRO, *Documentos...*, pág. 83-85.

(14) *Flora Oratoria*, tom. IV, pág. 517.

(15) P. RIONEGRO, *Documentos...*, l. c.

(16) V. P. LODARES, o. c. tom. II, pág. 308.

(17) P. LODARES, tom. II, pág. 232.

veían obligados a aprender la lengua de las diferentes tribus que evangelizaban, para lo cual no había maestros ni cátedras, teniendo que valerse de «los trabajos de los Padres antiguos, en los cartapacios que los han dejado para el confesonario, predicación y enseñanza de la doctrina» (18).

Después era preciso armarse de paciencia para ir poco a poco infundiendo en aquellas rudísimas inteligencias las verdades de la religión, lo que apenas se conseguía con las personas mayores, por lo que hubieron de concretarse en muchas ocasiones a la instrucción de los niños.

La organización social o política que los misioneros capuchinos dieron a sus cristiandades fué muy análoga a la que los jesuítas supieron implantar en sus Reducciones del Paraguay, fundándose en los mismos principios y en idénticas experiencias, y experimentando por parte de las autoridades civiles subalternas las mismas contradicciones.

La experiencia había enseñado que mezclar en un mismo pueblo españoles e indios daba muy malos resultados; en primer lugar, por el odio secular que los indígenas abrigan contra los conquistadores, y en segundo término, por los malos ejemplos de los colonos europeos que neutralizaban toda la labor religiosa de los misioneros.

Por eso, trataron éstos de obtener del Real Consejo de Indias la concesión de una autonomía política relativa para sus cristiandades, como ya se había concedido a los misioneros jesuítas del Paraguay, autonomía que el Real Consejo concedió inmediatamente por Real Cédula de 20 de septiembre de 1716 (19), a pesar de la tenaz oposición de gobernadores y encomenderos...

En virtud de esta concesión, el misionero quedaba constituido en autoridad civil del pueblo con derecho a nombrar capitanes, alcaldes y demás autoridades locales, nombramiento que había de recaer necesariamente en los mismos indígenas, pues los misioneros se opusieron siempre a que en sus cristiandades se establecieran colonos europeos, de modo que los indios no conocían otra autoridad que la de su misionero, que era para ellos al mismo tiempo, Padre, Gobernador y Juez.

El misionero, tan pronto como se constituía la misión, nombraba por su propia autoridad, de entre los mismos indígenas, un alcalde, un capitán de la milicia, un teniente, un alguacil, sargentos, alféreces y fiscales, celebrándose con gran solemnidad la ceremonia de la entrega del bastón o insignia a dichas autoridades y el misionero les dirigía un discurso en que les hacía comprender que aquella dis-

(18) *Idem.* pág. 306.

(19) P. RIONEGRO. *Relaciones...*, tom. I, pág. 56.

tinción no se les concedía para beneficio suyo, sino en bien de la población.

Estas autoridades indígenas tenían las mismas atribuciones que sus similares de las poblaciones de españoles, con la diferencia que éstas dependían inmediatamente del gobernador de la Provincia y aquéllas, del Misionero. Las autoridades tenían además la obligación e incumbencia de distribuir y vigilar los trabajos que los indios habían de hacer en común, los que se distribuían según las aptitudes y conocimientos de cada uno.

Con este régimen se conseguía que los indios, refractarios siempre a la dominación española, se redujeran fácilmente a vivir en poblaciones regidos por sus propias autoridades. Se evitaban los frecuentes atropellos de los encomenderos, que no iban allí muchas veces con otros intentos que los de enriquecerse, explotando a los indígenas. Por último, viviendo completamente aislados de los europeos, no recibían los malos ejemplos inevitables y que en otras partes solían inutilizar toda o casi toda la labor espiritual del misionero. En pocas palabras; el misionero ejercía sobre los indios una autoridad omnímoda, pero paternal. Sin otras ambiciones que ganar almas para el cielo, administraba justicia sin ningún interés

material, por lo que los indios se acostumbraron a ver en él un padre y un defensor de sus libertades y derechos. De ahí el progreso increíble que alcanzaron aquellas misiones en poco tiempo.

Por lo demás, esta autonomía, como hemos dicho, no era más que relativa, pues tanto los gobernadores de Guayana como los Obispos de Puerto Rico tenían derecho de visita, que hicieron en varias ocasiones, debiendo además entender en la resolución de los asuntos graves; pero, fuera de eso, no entendían prácticamente en el gobierno de las misiones. No dejaron algunos gobernadores de mirar con recelo esta independencia de los frailes, que consideraban como una merma de su autoridad, y trabajaron mucho, entre ellos, el gobernador Centurión (20), por someter a los misioneros a su jurisdicción; pero se estrellaron ante la actitud decidida del Real Consejo de Indias, que apoyó constantemente a los misioneros.

Lo cierto es que «aquel régimen extraordinario, son palabras de Humboldt, elevó a esta región del Caroní al más alto grado de prosperidad y bienandanza» (21); e historiadores tan poco sospechosos como los señores Baralt y Díaz no temen afirmar que «esta Teocracia de los Frailes, bien organizada, era acaso el gobierno más

(20) P. LODARES, o. c. tom. II, pág. 241 sgs.

(21) o. c. I. c.

adecuado a la índole flemática y silenciosa de los indios» (22).

No contribuyó poco a esta prosperidad de las Misiones del Caroní la independencia económica que en ellas supieron crearse los misioneros.

Sabido es que una de las causas más principales del fracaso de las primeras tentativas fué la carencia absoluta de recursos económicos, que hacía inútil toda la buena voluntad y heroísmo de los misioneros. Por esto, los capuchinos catalanes, que en 1737 arribaron a las costas de Guayana, pensaron en obviar este gravísimo inconveniente, creándose una independencia económica, pues estaba visto que no se podía fiar nada en la subvención del Estado, que llegaba tarde o nunca, y que además era sumamente exigua, y apenas bastaba a satisfacer las necesidades del misionero.

La prosperidad económica que llegó a alcanzar la Misión del Caroní y que fué el asombro de todos los que la visitaron, tuvo su origen en los famosos hatos de ganado, que llegaron a multiplicarse extraordinariamente.

La fundación del primer hato se debe al P. Tomás de Sta. Eugenia, Prefecto de la Misión, quien, en vista de la penuria en que vivían las poblaciones hasta entonces fundadas, tomó la determinación de hacer un viaje a

Nueva Barcelona y Cumaná, con el fin de allegar recursos. El viaje fué penosísimo, pero contribuyó eso mismo a que se moviese el corazón de las gentes devotas de Barcelona y Cumaná, que le dieron de limosna hasta cien cabezas de ganado vacuno, que condujo a la Guayana, con las dificultades que es de suponer, fundando con ellas el famoso hato de la Divina Pastora, sitio que juzgó el más apropiado por los abundantes pastos de aquella comarca. Con el tiempo se fueron formando en distintos lugares otros hatos más pequeños, introduciéndose además ganado caballar para el transporte, multiplicándose unos y otros de tal manera que, a fines del siglo XVIII, calcula Baralt que ascendía a 150.000 el número de cabezas de ganado mayor existente en la Misión (23), cifra quizás exagerada, pero que da idea del grado de prosperidad que llegaron a alcanzar.

Al cuidado de cada hato estaba el suficiente número de vaqueros con su mayordomo al frente, el que, a las órdenes del misionero, dirigía todas las operaciones del hato. En el pueblo de la Divina Pastora todos los vecinos, en número de cuarenta, con sus mujeres e hijos, se dedicaban exclusivamente al pastoreo.

Aspirando además los misioneros a crearse una independencia com-

(22) *Historia de Venezuela*, pág. 265, sgs. V. P. RONDREGO, *Relaciones...* tom. I, pág. 171, sgs.

(23) " LODARES, Tom. II, pág. 306.

pieta, hicieron grandes plantaciones de maíz y cazabe, que producían más que suficiente para el consumo de indígenas y misioneros, y plantaciones de algodón que aprendieron a hilar las mismas indias, con lo que se proveían de vestido y hamacas para su uso y para la venta. Los indios aprendieron a beneficiar los cueros y hacerse su calzado y las monturas para sus cabalgaduras; tenían fábrica de jabón, que surtía toda la región; había en todos los pueblos tejares con sus hornos, donde se cocía la teja y el ladrillo para la fábrica de iglesias y casas; por eso, todos los escritores turistas que visitaron aquellos lugares nos hablan entusiasmados de las hermosas construcciones hechas por los misioneros y los indios del Caroní en aquellas apartadas regiones: «Muchas casas de los indios, dice Humboldt, así como la de los Padres, e iglesias son de mampostería y están cubiertas de teja» (24). Todavía hoy se ven restos de aquellas magníficas construcciones en las que fueron florecientes misiones del Caroní.

Además de los hatos y labranzas que los indios tenían en común, cada familia poseía sus propias labranzas y ganados, a cuyo cuidado dedicaba tres días a la semana, trabajando los otros tres en las labranzas del común, pero solamente por la mañana, durante cuatro horas, percibiendo por este

trabajo el jornal señalado. Véase por aquí cómo los misioneros, lejos de explotar a los indios, sólo se preocupaban de su bienestar espiritual y material y cómo este régimen paternal contribuyó a la prosperidad económica de aquellas misiones que los mismos enemigos de los misioneros se han visto obligados a confesar. Al estallar la guerra de la Independencia, las misiones del Caroní proveyeron de caballos y víveres a ambos ejércitos contendientes, prueba de la prosperidad y riqueza que los capuchinos catalanes habían sabido crear en aquel país antes inculto a fuerza de laboriosidad y buen gobierno, luchando siempre con la desidia y holgazanería proverbiales en los indios y con la dificultad de los transportes y aun contra la hostilidad de algunas autoridades civiles.

El gobernador de Guayanas, don Manuel Centurión, en un informe dirigido al rey en 1773 afirma que el número de cabezas de ganado mayor que los capuchinos tenían en la Misión del Caroní ascendía a 145.000 y el de labranzas a 2.728, cifras que nos darán una idea aproximada del esfuerzo que el crear toda esta riqueza representa en el espacio de menos de un siglo. Con razón podía decir Humboldt que los pueblos del Caroní, por su agradable aspecto y la regularidad de las construcciones y alineamiento de las casas, le recordaban el

(24) *Viaje a las Regiones Equinociales...*, tom. II, pag. 45.

Norte de Alemania y, en cuanto a las plantaciones, he aquí sus palabras: «Todo nos recuerda aquí lo que nuestras plantaciones de Alemania encierran de fantástico y atractivo y hacen reconocer las huellas del hombre laborioso e inteligente, fomentando la agricultura en toda su extensión, en medio de aquellos montes agrestes, hasta entonces improductivos» (25).

V. DESTRUCCION DE LAS MISIONES

Si Humboldt hubiera visitado aquellas misiones tan florecientes treinta años más tarde, no habría encontrado más que desiertos llenos de malezas y ruinas abandonadas y le habría asaltado la idea de que alguna gran catástrofe se había cernido sobre aquel fertilísimo vergel. Efectivamente, la guerra de la Independencia americana, al mismo tiempo que dió la libertad a Venezuela, destruyó la riqueza de provincias enteras, que volvieron a caer en el marasmo del salvajismo, en el que permanecen aún hoy, a pesar de todos los adelantos modernos y de las facilidades de colonización.

Cuando estalló la guerra, las misiones habían llegado a su mayor grado de florecimiento y es natural que ambos ejércitos beligerantes pusieran en ellas sus ojos codiciosos. Los misioneros, como espa-

ñoles y súbditos del rey de España, era natural que favorecieran la causa del Gobierno legítimo, suministrando víveres y aun tropas al ejército realista; y en ello no hacían sino cumplir un deber de conciencia. El hecho de que los capuchinos «rechazaban toda invasión guerrera en las Misiones, y tomaban enérgicas providencias alertando a los indios, abasteciendo las tropas del rey de cuanto necesitaban y contribuyendo con caballos, víveres y utensilios de todas clases a su sostenimiento», cosa que les echa en cara el señor Duarte Level como un crimen, es una acción gloriosa que los honra. Los revolucionarios eran entonces ni más ni menos que unos rebeldes, que se habían sublevado contra su rey legítimo y todos los españoles, más aún, todos los americanos estaban obligados a ayudar al ejército realista. Los capuchinos no hicieron entonces ni más ni menos que lo que debe hacer todo buen patriota. Pero estas son ideas demasiado sensatas para que puedan ser comprendidas en tiempos de turbulencias y de guerras civiles.

Por eso, cuando el general Piar logró entrar en la Guayana, al frente de sus tropas, su primera providencia fué apoderarse de los misioneros en número de 34, enviándolos con una fuerte escolta a la población de Caruachi, donde 14 de ellos murieron a consecuencia de la epidemia de viruelas allí

(25) *Piaje a las Regiones E...*, tom. III, pág. 4. V. P. RIONEGRO, *Documentos...*, pag. 85-91.

reinante .Los otros 20 restantes fueron fusilados el día 7 de mayo de 1817. El coronel Jacinto Lara, perteneciente al Estado Mayor de Bolívar, fué el encargado de ejecutar la sentencia (26).

Mucho se ha discutido acerca de quién dió la orden inícuca, atribuyéndola unos al general Piar, otros al Libertador y otros a una mala inteligencia del coronel Lara (27); lo cierto es que no se castigó a los culpables .lo cual, si no prueba que el que dió la orden fué el mismo Bolívar, por lo menos .hace sospechar que el Libertador no estuvo exento de responsabilidad en aquel horrendo crimen que los mismos historiadores venezolanos han dado en llamar el «gran pecado de Venezuela».

Sacrificados los misioneros, quedaron las Misiones sin amparo, expuestas a la rapacidad de los invasores que se aprovecharon muy bien de su prosperidad para sacar de ellas millares de caballos para sus ejércitos .y enormes cantidades de víveres .que durante mucho tiempo abastecieron a los rebeldes. Como por otra parte, los indios que no fueron alistados forzosamente en las filas del ejército de Piar, huyeron a los montes, las labranzas y los hatos quedaron to-

talmente abandonados .con lo que vino a quedar destruído en pocos meses el trabajo inmenso de un siglo.

Las Misiones del Caroní, antes tan florecientes, quedaron totalmente aniquiladas. Los invasores tan pronto como acabaron con los ganados y con los víveres existentes .se apoderaron de las labranzas, despojando a sus verdaderos propietarios, que eran los indios, los que, faltos de la protección de los misioneros, se vieron expuestos a toda clase de vejámenes, huyendo en masa a los bosques, los que pudieron escapar de la recluta ordenada por Piar. De los 21.000 indios que poblaban las Misiones a la muerte de los misioneros no quedaron después de la guerra sino unos 7.00 escasos, y de las labranzas y de los hatos sólo el recuerdo.

«¡Desgraciada raza indígena, diremos .para terminar, con los señores Baralt y Díaz .la libertad y la independencia conquistadas en beneficio de todos han sido árboles sin fruto, o de fruto venenoso para ella, pues es vejada, estafada y escarnecida en estos últimos tiempos por las autoridades civiles! Debemos deplorar la completa destrucción de las Misiones, mayor-

(26) P. LODARES, o. c. tom. II, pág. 317, sgs.

(27) Algunos historiadores venezolanos, en efecto, han querido disculpar el horrible asesinato, atribuyéndolo a una mala inteligencia del coronel Lara. Según esta versión, Bolívar dió la orden de trasladar a los misioneros a la población de la Divina Pastora, y el coronel entendió que la orden significaba mandarlos a la eternidad. El error nos parece demasiado burdo para ser creído.

mente cuando no se han reemplazado con ningún otro medio de civilización capaz de llenar el vacío que dejaron los misioneros» (28).

El gobierno de Venezuela del general D. Vicente Gómez ha reparado en parte el crimen cometido a orillas del Caroní el año 1817,

restaurando las Misiones de Guayana, erigidas en Vicariato Apostólico por la Santa Sede, en mayo de 1924 y encomendadas a los capuchinos de la Provincia de Castilla, que han ido allí a cultivar el campo regado ya con la sangre fecunda de los capuchinos catalanes.

J. Gumersindo M^a de Escalante
O. M. Cap.



(28) *Historic de Venezuela*, pág. 276